

no atribuyeron á ignorancia su pecado, sino á su desenvoltura, y á la natural inclinacion de las mujeres, que, por la mayor parte, suele ser desatinada y mal compuesta. Encerrada Leandra, quedaron los ojos de Anselmo ciegos, á lo menos sin tener cosa que mirar que contento les diese; los míos en tinieblas sin luz, que á ninguna cosa de gusto les encaminase con la ausencia de Leandra: crecía nuestra tristeza, apocábase nuestra paciencia, maldecíamos las galas del soldado, y abominábamos del poco recato del padre de Leandra. Finalmente, Anselmo y yo nos concertamos de dejar el aldea, y venirnos á este valle, donde, él apacentando una gran cantidad de ovejas suyas propias, y yo un numeroso rebaño de cabras, también mías, pasamos la vida entre los árboles, dando vado á nuestras pasiones, ó cantando juntos alabanzas ó vituperios de la hermosa Leandra, ó suspirando solos, y á solas comunicando con el cielo nuestras querellas. Á imitación nuestra, otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido á estos ásperos montes, usando el mismo ejercicio nuestro, y son tantos, que parece que este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia, según está colmado de pastores y de apriscos, y no hay parte en él donde no se oiga el nombre de la hermosa Leandra. Este la maldice, y la llama antojadiza, varia y deshonesta; aquel la condena por fácil y ligera; tal la absuelve y perdona, y tal la justifica y vitupera; uno celebra su hermosura; otro reniega de su condicion; y, en fin, todos la deshonran, y todos la adoran, y de todos se extiende á tanto la locura, que hay quien se queje de desden sin haberla jamás hablado, y aun quien se lamente y sienta la rabiosa enfermedad de los celos, que ella jamás dió á nadie, porque, como ya tengo dicho, antes se supo su pecado que su deseo. No hay hueco de peña, ni márgen de arroyo, ni sombra de árbol que no esté ocupada de algun pastor que sus desventuras á los aires cuente: el eco repite el nombre de Leandra donde quiera que pueda formarse; ¡Leandra! resuenan los montes; ¡Leandra! murmuran los arroyos; y Leandra nos tiene á todos suspensos y encantados, esperando sin esperanza, y temiendo sin saber de qué tememos. Entre estos disparatados, el que muestra que menos y mas juicio tiene, es mi competidor Anselmo, el cual, teniendo tantas otras cosas de qué quejarse, solo se queja de ausencia, y, al son de un rabel que admirablemente toca, con versos donde muestra su buen entendimiento, cantando se queja: yo sigo otro camino mas fácil, y, á mi parecer, el mas acertado, que es decir mal de la ligereza de las mujeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas muertas, de su fe rompida, y, finalmente, del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos é intenciones; y esta fué la ocasion, señores, de las palabras y razones que dije á esta cabra, cuando aquí llegué; que, por ser hembra, la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta es la historia que prometí contaros: si he sido en el contarla prolijo, no seré en serviros corto: cerca de aquí tengo mi majada, y en ella tengo fresca leche y muy sabrosísimo queso, con otras varias y sazoadas frutas, no menos á la vista que al gusto agradables."

CAPÍTULO LII.

De la pendencia que Don Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los disciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor.

GENERAL gusto causó el cuento del cabrero á todos los que escuchádole habian; especialmente le recibió el canónigo, que con extraña curiosidad notó la manera con que le habia contado, tan lejos de parecer rústico cabrero, cuan cerca de mostrarse discreto cortesano; y así, dijo que habia dicho muy bien el cura en decir, que los montes criaban letrados. Todos se ofrecieron á Eugenio; pero, el que mas se mostró liberal en esto, fué Don Quijote, que le dijo: "Por cierto, hermano cabrero, que si yo me hallara posibilitado de poder comenzar alguna aventura, que luego luego me pusiera en camino por que vos la tuviéades buena, que yo sacara del monesterio (donde sin duda alguna debe de estar contra su voluntad) á Leandra, á pesar del abadesa y de cuantos quisieran estorbarlo, y os la pusiera en vuestras manos, para que hiciéades della á toda vuestra voluntad y talante; guardando, pero, las leyes de caballería, que mandan que á ninguna doncella se le sea fecho desaguizado alguno: aunque yo espero en Dios Nuestro Señor, que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioso, que no pueda mas la de otro encantador mejor intencionado; y, para entonces, os prometo mi favor y ayuda, como me obliga mi profesion, que no es otra sino de favorecer á los desvalidos y menesterosos." Miróle el cabrero, y, como vió á Don Quijote de tan mal pelaje y catadura, admiróse; y preguntó al barbero, que cerca de sí tenia: